



Don Elías Comini

Entre los desconocidos mártires de la violencia

Verano de 1944. Era el quinto año de la segunda guerra mundial. El ejército alemán, que había invadido Italia, estaba construyendo una formidable línea defensiva desde el Tirreno al Adriático para impedir que los ejércitos americano e inglés, que ya están avanzando desde el sur, penetren en la Val Padana.

Detrás de los alemanes, los partisanos italianos constituyen un imponente centro de resistencia. Los alemanes se sienten presos entre dos fuegos. Un batallón alemán de las famosas SS, al mando del comandante Raeder, recibió la orden de “rastrear la zona”, y la ejecutó con una crueldad casi increíble.



Dina Rosetti, años más tarde, recordó así aquel verano: “Era la maestra de la escuela primaria de Salvaro. Aterrorizada por los bombardeos sobre Bolonia donde residía, había encontrado una cálida hospitalidad en la sede parroquial, en casa del párroco. Casi todos los habitantes habían corrido a refugiarse en las colinas y montes limítrofes; un grupo numeroso había encontrado refugio, como yo, en la parroquia.

Un día al atardecer, vi llegar cojeando a un joven sacerdote. Supe que era el P. Elías Comini, que venía a pasar las vacaciones en Salvaro, donde vivía su anciana madre. Durante el viaje, por ayudar a una persona, se había dañado seriamente una pierna. Quienes lo conocían se pusieron a gritar de alegría, y yo tam-

bién me contagié. Realmente su llegada nos sacó de la vida angustiada de aquellos últimos días.

Su rostro sereno, su calma, sus buenas palabras nos devolvieron la esperanza de poder sobrevivir. Despreocupándose de su herida, que debía de hacerle mucho daño y que habíamos desinfectado de la mejor manera posible, siempre estaba atento a nuestras peticiones: era el consolador, el organizador, el moderador.”

Elías nació el 7 de mayo de 1910. El primero encuentro con los hijos de Don Bosco sucedió a los catorce años. Sus modales eran tímidos, pero en clase se reveló muy inteligente. En 1925 entró en el noviciado, y a los dieciséis años era salesia-

no. En 1935 fue ordenado sacerdote en Chiari. En noviembre de 1939 se doctoró en letras clásicas en la Universidad de Milán. El ambiente ya no era festivo, puesto que el primero de septiembre, con la agresión de Hitler a Polonia, había comenzado la segunda guerra mundial.

En la parroquia de Salvaro, abarrotada de clandestinos escondidos lo mejor posible y de alemanes armados, las cosas se precipitaron la mañana del 29 de septiembre. La maes-

tra Dina Rosetti recuerda: “Mientras don Elías estaba celebrando la santa misa, irrumpió en la iglesia un grupo de parroquianos atemorizados pidiendo auxilio. Allá arriba, había habido una combate entre partisanos y SS. Un jefe de las SS había quedado herido, y había habido inmediatamente una feroz represalia. Viejos, mujeres, niños habían sido capturados, amontonados como bestias, ametrallados y entregados a las llamas. Supimos que entre los muertos había moribundos, y don Elías tuvo una sola preocupación: llevarles el viático y salvar alguna vida.

Su viaje de consolación fue breve: capturado casi enseguida como espía, fue obligado como bestia de carga a llevar municiones desde la llanura al monte. Por la noche lo mezclaron con otros rehenes en la cuadra de la Capaniera. Emilio Veggetti, persona importante del pueblo, se enfrentó valientemente con el comandante de las SS. “Soy el alcalde de este pueblo”, dijo mintiendo. “Entre sus prisioneros hay un sacerdote, libérenlo”. El comandante alemán se mostró dudoso. El P. Elías se asomó a la ventana: “No, señor Veggetti. O nos liberan a todos o a ninguno”. Otras caras se asomaron a la ventana: “El Padre Elías es nuestro único consuelo. Se queda con nosotros”.

En la cuadra se montó una farsa de proceso. Al mediodía, dos religiosas valientes llevaron comida y ropa al detenido. Entre gritos y empujones sólo consiguieron llegar hasta las ventanas de la cuadra e intercambiar unas palabras con el P. Elías: “¿Pero cómo es que se encuentra ahí?” “Hacer la caridad hay que pagarlo”, logra decir el sacerdote. Levanta el dedo hacia el cielo y añade: “El premio está cercano. Traigan un breviario”. Un alemán enfurecido apunta con el fusil hacia las hermanas y las obliga a alejarse”.

El P. Elías se asomó a la ventana: “No, señor Veggetti. O nos liberan a todos o a ninguno”. Otras caras se asomaron a la ventana: “El Padre Elías es nuestro único consuelo. Se queda con nosotros”.

En la tarde del primero de octubre dos jóvenes, escapados milagrosamente del “montón” de los ajusticiados, narraron lo sucedido. En la incierta luz del crepúsculo, las SS levantaron a los 52 prisioneros y los escoltaron hasta los bordes de una amplia cisterna. Delante de ellos colocaron ametralladoras. Las pobres víctimas gritaban como enloquecidas. El P. Elías entonó las letanías de la Virgen: “Santa María, ruega por nosotros; Santa Madre de Dios, ruega por nosotros...”. Cuando los soldados se inclinaron sobre

las ametralladoras, gritó: “¡Piedad, piedad, Señor!”. Las ametralladoras dispararon sobre el montón, y los cincuenta y dos cayeron en la cisterna.

Después de varios días, por motivo de las lluvias torrenciales, se dio el orden de levantar las rejillas de la cisterna y así aquellos cadáveres, maltratados también por la inclemencia del tiempo, quizás fueron a parar al mar, mártires desconocidos”.

Hermosura de la vida sacerdotal

Cardenal Carlos Martini

El sacerdote vive sobre todo de relaciones: dedica su tiempo a las personas. No se ocupa de cosas, de papeles, de dinero, más que secundariamente. Pasa su tiempo encontrándose con gente: niños y ancianos, jóvenes y adultos, enfermos y sanos, los que lo quieren y ayudan y los que lo critican y escarnecen. Es una experiencia humana extraordinaria.

Y se encuentra con las personas no para venderles algo, no para sacar alguna ventaja, no por curiosidad, ni como puede uno encontrarse con un cliente, sino para hacerse cargo de su vida, de su vocación a la alegría, de su condición de hijos de Dios.

Al sacerdote muchas veces las personas le abren su corazón para una confidencia que no tiene igual en las relaciones humanas, y en esa confidencia se siembra la Palabra que dice la verdad, que abre a la esperanza eterna, que cura con el perdón.

Se trata, en síntesis, de una forma espléndida de vida cristiana.

